

26.- Eucaristía y precepto dominical.- Dentro del domingo la eucaristía tiene un sentido primario, celebrativo, vivencial por conmemorar el día en que Cristo con su resurrección nos consiguió la libertad.

El domingo no es tanto un día que nosotros dedicamos a Dios, es el día que el Resucitado nos dedica a nosotros para comunicarse, para darse a la comunidad. Más que una obra meritoria nuestra, es un don de Dios. Un espacio de fiesta, de gozo,

El domingo somos convocados del pecado de nuestra dispersión, e iniciamos la eucaristía como pecadores por no haber amado a Dios, al prójimo y al mundo y salimos convertidos en testigos, en enviados para transformar el mundo según los valores del evangelio.

Antes que un hecho sociológico, el domingo es una realidad teológica. Es la realidad donde el resucitado se encuentra con nosotros; Cristo nos visita, reaparece, en medio de la comunidad. Donde nos otorga el Espíritu, donde resuena su Palabra, donde se nos ofrece el perdón, donde se nos alimenta.

“Oír misa entera todos los domingos y Fiestas de guardar”. Que la participación en la eucaristía dominical sea precepto no quiere decir que los católicos vayamos a misa solo por la ley. La eucaristía dominical no es importante porque sea de precepto, un mandato: es de precepto porque es importante.

El desafío es pasar de una religión de “obligaciones” a una religión de “convicciones y de amor”.

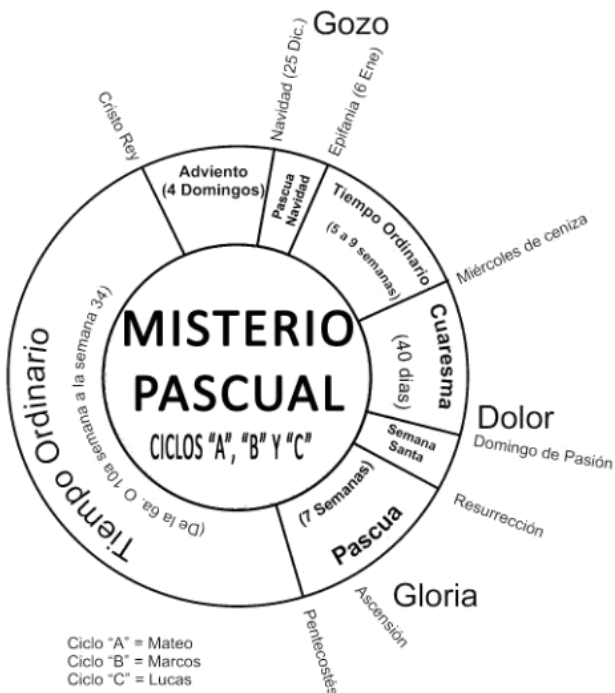
27.- Colores y tiempos litúrgicos. En cada tiempo litúrgico, el sacerdote se reviste con de diferentes colores:

Blanco significa alegría. Se utiliza en el tiempo de Navidad y de Pascua.

Verde significa esperanza. Se utiliza en el tiempo ordinario.

Morado significa luto y penitencia. Se usa en Adviento, Cuaresma y Semana Santa

Rojo significa el fuego del Espíritu Santo y el martirio. Se utiliza en las fiestas de los santos mártires y en Pentecostés.



Colegio Academia de Humanidades Padres Dominicanos

“SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA”



“FORMACIÓN DOMINICANA”

CURSO 1 - TALLER 3 - MARTES 14 DE MAYO

SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA. - 3

22.-Fracción del pan.- Los primeros cristianos solían designar la eucaristía con la expresión “fracción del pan”. Los dos discípulos de Emaús reconocieron a Jesús resucitado al partir el pan (Lc 24,30-35). El pan que se parte es el cuerpo de Cristo.

Él se rompió en pedazos para curar lo que hay roto en nosotros para recomponer nuevamente los fragmentos de nuestra vida.

La fracción del pan nos recuerda que nuestra vida está rota, herida, pero que, por encima de nuestros quebrantos, se levantará el Resucitado que todo lo sana y que devuelve todo a su integridad.

La fracción del pan tiene que ver con el compartir. Compartir es una imagen importante en la celebración eucarística. Cuando asistimos a la celebración en común, cuando participamos en los cantos y oraciones, cuando nos comprometemos con las personas que participan con nosotros en la misma comida, estamos compartiendo con ellos nuestra vida, nuestros deseos, y aspiraciones, nuestros sentimientos y necesidades, nuestros temores y esperanzas y por lo tanto estamos creando espacios para la comunidad, para la hospitalidad.

Quien por la eucaristía entra en comunión con Jesús, empieza a convertirse el mismo en pan que se deja tomar, comer, partir para la vida del mundo. Quien hace la experiencia de hacerse en Cristo pan vivo para la vida del mundo, asistirá a la reedición de un prodigio; la multiplicación del pan. Partimos el pan para compartirlo, y al compartirlo nos multiplicamos. En la escuela de la eucaristía el hombre solitario cambia su corazón y se transforma en hermano solidario.

23.- Invitación a la comunión.- El Señor nos dirige una invitación urgente a recibirle en el sacramento de la Eucaristía: "En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros" (Jn 6,53).

Con las palabras de Juan bautista el sacerdote invita a la asamblea para que se acerque a comulgar; “Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, dichosos los invitados a la cena del Señor”, mientras muestra el cuerpo de Cristo.

La asamblea acoge a la invitación contestando con las palabras del centurión; “Señor, no soy digno que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme”. Hay católicos que se toman literalmente el “no soy digno que entres en mi casa, en mi corazón, en mi cuerpo” y por eso no dan el paso a la comunión, olvidando que dentro de la liturgia eucarística, después de la consagración el sacerdote reza; “Padre al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo te ofrecemos el pan de vida y el cáliz de salvación y te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia” (Plegaria II)

Con ellas manifestamos nuestra confianza que Jesús va a curarnos en la comunión de nuestros desgarros y a recuperar la salud, que nuestras heridas serán transformadas por la comunión con Cristo.

24.- Comunión.- El sacerdote o el ministro que nos ofrece la comunión presentando la hostia nos dice: “El cuerpo de Cristo “Y quien va a comulgar responde: “Amen

Ya san Agustín decía, Oyes decir El Cuerpo de Cristo y respondéis Amen es decir, Si, es verdad, lo creo, lo acepto. Por lo tanto se tu verdadero miembro de Cristo para que tu amen sea también verdadero.

El Directorio de la pastoral sacramental de la arquidiócesis de Santiago en el n.187 estipula:” Es un derecho del fiel el recibir la Sagrada Comunión en la boca o en la mano. En este último caso deberá extenderse respetuosamente una mano abierta y debajo la otra mano, para que el fiel comulgue de su propia mano. El fiel debe comulgar inmediatamente, delante del ministro”

Al comulgar hemos de valorizar lo que recibimos, el Cuerpo de Cristo y no al ministro que nos lo ofrece. Que nos ofrezca la hostia consagrada, el Papa, el Obispo, el sacerdote o un ministro varón o mujer es exactamente lo mismo.

El alimento de la eucaristía es dado no solo para el que comulga, sino para que todo el mundo tenga vida; es una vida dada a través del Espíritu, que es el que va transformando la humanidad de acuerdo a los valores del Reino predicado por Jesús.

Lo que es dado a comer no es alimento ordinario. Se trata de comer la carne de Cristo, en estado glorioso, ya llena del Espíritu Santo. Así la eucaristía no deja de renovar el proceso de la encarnación: descender del cielo y dar vida al mundo son dos fases características de la encarnación

En la comunión sacramental no solamente cada uno de nosotros recibe a Cristo, sino que Cristo nos recibe a cada uno de nosotros. En la comunión se realiza de manera sublime el hecho de que Cristo y el discípulo moren el uno en el otro; “permaneced en mi amor, como yo en vosotros” (Jn 15,4). Al unirse a Cristo, en vez de encerrarse en sí mismo, el comulgante se convierte en “sacramento” para la humanidad, signo e instrumento de salvación, luz del mundo y sal de la tierra para redención de todos.

25.- La misa misión del mundo.- La comunidad se despide alegre y gozosa, cantando, convertidos en Cristo, iluminados por su Palabra, y alimentados con su cuerpo, podemos salir a iniciar una nueva dispersión apostólica para anunciar la Palabra del evangelio y transformar el mundo. De la misa salimos todos portadores de la Palabra y el Pan de vida para saciar al mundo con las vivencias de las bienaventuranzas.

Los discípulos que han visto a Jesús resucitado fueron enviados como testigos. La eucaristía nos hace testigos por cuanto reconocemos en ella al Señor resucitado en la fracción del pan. Por eso nuestras eucaristías terminan con el envío de parte del sacerdote; todo el que ha reconocido a Jesús en la fracción del pan, es un enviado. ” Hemos celebrado la Eucaristía, podéis ir en paz. “ (Ite missa est)